

S OBRE LA INCORRECCIÓN EMPÍRICA DE LA CORRECCIÓN POLÍTICA

Manuel Guillén

Manuel Guillén (ciudad de México, 1972) estudió la licenciatura en filosofía en la UNAM. Fue becario del Instituto de Investigaciones Filosóficas de la misma universidad. Ha sido colaborador de diferentes revistas y suplementos culturales nacionales, así como profesor de filosofía. Actualmente se dedica a la investigación y desarrollo de sistemas organizacionales, y prepara un libro de divulgación sobre la filosofía de W.V.O. Quine.

Comencemos con un ejemplo que seguro es familiar: un grupo de personas con alguna instrucción o pretensión teórica están discutiendo, digamos, sobre la igualdad sexual de las mujeres o sobre el conflicto indígena de Chiapas. Supóngase también que los implicados en la discusión son, mayoritariamente, personas que se dicen *progresistas*.

De repente, mientras que casi todos están de acuerdo con que las mujeres de cincuenta años pueden ser igual o más atractivas sexualmente que sus contrapartes masculinas de esa edad, alguien (un extraño espécimen que se creía en extinción) dice, con toda sinceridad, que jamás podría excitarle una mujer de cincuenta años, como sí puede hacerlo un hombre de esa edad a alguna mujer diez, quince o veinte años más joven.

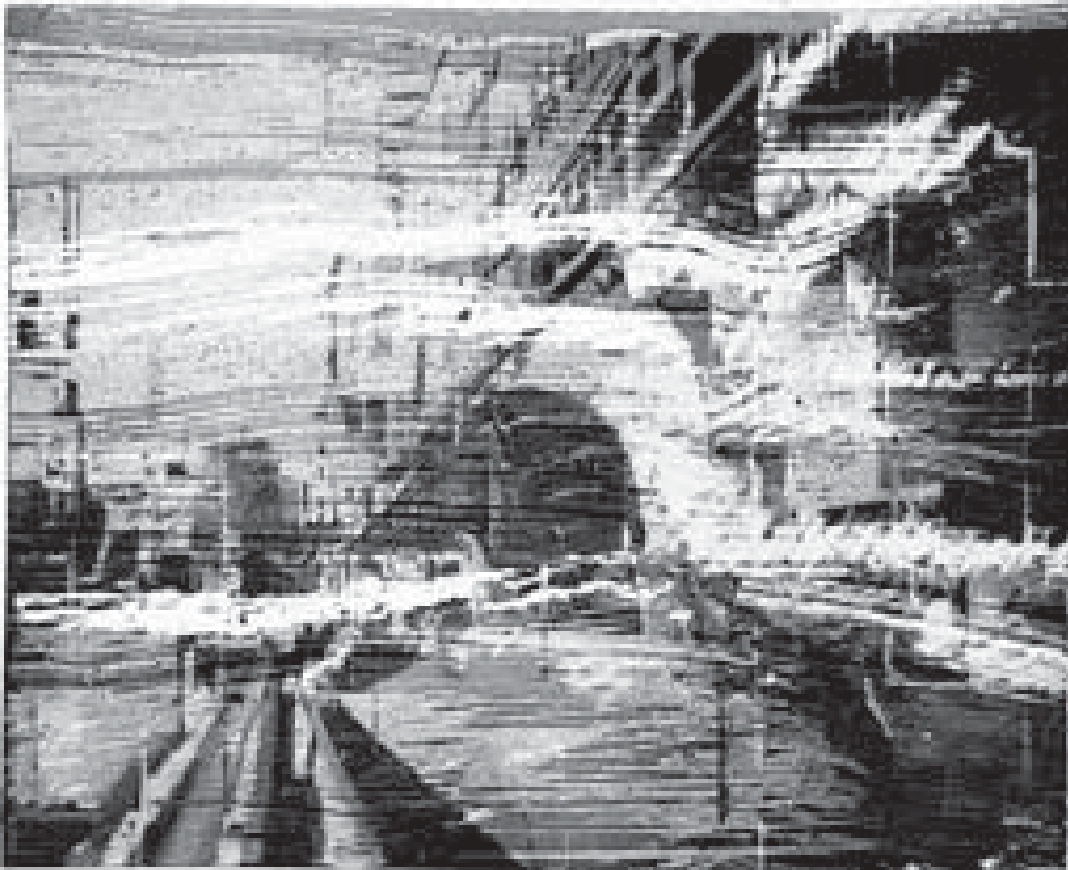
Enseguida, además de su honestidad, que lo más que podría determinar es alguna preferencia o visión personal, el individuo en cuestión ofrece una larga argumentación sobre la determinación biológica de las preferencias sexuales en la que sostiene, entre

otras cosas, que la edad de fertilidad de las mujeres posee un ciclo bien delimitado, determinado por factores bioquímicos y fisiológicos, y que dicho ciclo, a lo largo del tiempo, es el que ha decidido la atracción sexual de éstas entre los individuos masculinos de la especie. En los hombres, el ciclo sexual es más laxo, no existe un tiempo estándar

algún momento del tiempo, hace unos cuatrocientos o trescientos años, sean igual o más valiosas que aquellas en las que se ha experimentado un lento y penoso, pero finalmente provechoso, progreso, como son las prácticas liberales modernas.

Que, después de todo, creer que existe un grupo

humano tan especial como para no compartir los usos y costumbres que a la humanidad le ha tomado sangre y tiempo aceptar como los mínimamente necesarios para la convivencia, es sostener, aunque se tiña de *progresismo*, un racismo recalci-trante que sólo se diferencia en tipo pero no en especie del que por siglos han sostenido los caciques de la entidad (esto es claro: para los caciques los indios son un grupo humano tan espe-



cial, tan diferente, que merece caminar por la terracería y no por las aceras, o que no puede gozar del respeto a la vida, por ejemplo).

en el que pueda establecerse cuándo un hombre deja de ser fértil y, por lo tanto, atractivo para las mujeres, etcétera.

Lo que ocurrirá a continuación será la mirada que pasa de la estupefacción a la ira de sus compañeros de conversación para contra argumentar que los factores biológicos están superados por los culturales, que eso no es verdad y que en algunos pueblos rurales perdidos las mujeres tienen hijos a los cincuenta años, y demás cosas por el estilo.

Similarmente, si, una vez pasado el exabrupto de la cuestión feminista, la charla girara en torno al conflicto chiapaneco, y el amigo incómodo sostuviera que el problema radica en una falsa, romántica e ignorante apreciación de lo arcaico; que no es verdad que prácticas y costumbres, que se detuvieron en

Si el amigo polemista continuara con su argumentación y afirmara que el grupo de seres humanos identificados como indígenas debe ingresar en un lento pero constante proceso civilizatorio de acuerdo con los estándares universalizables de Occidente, lo que de inmediato sucedería es que sus compañeros *progres* se le fueran con *uñas y dientes*, tachándolo de fascista, derechista, priísta y demás insultos de esa magnitud. Actitud ya de suyo sospechosa que pone de manifiesto la carencia de argumentos válidos (a menos, claro, que en una versión hasta ahora inédita de la lógica se tome la agresión como una forma más de argumentación) para refutar al

provocador, quien, *prima facie*, no ha hecho sino decir en ambos casos cosas elementales que deberían ser de sentido común.

Tal pareciera que los valores de tolerancia que observan los amantes de la frivolidad moral maquillada de liberalismo bienpensante sólo son aplicables cuando es su propia ideología la que se afirma, y que cualquier pensamiento divergente es enviado, *ipso facto*, al purgatorio de lo irreverente, lo escandaloso y lo vergonzante.

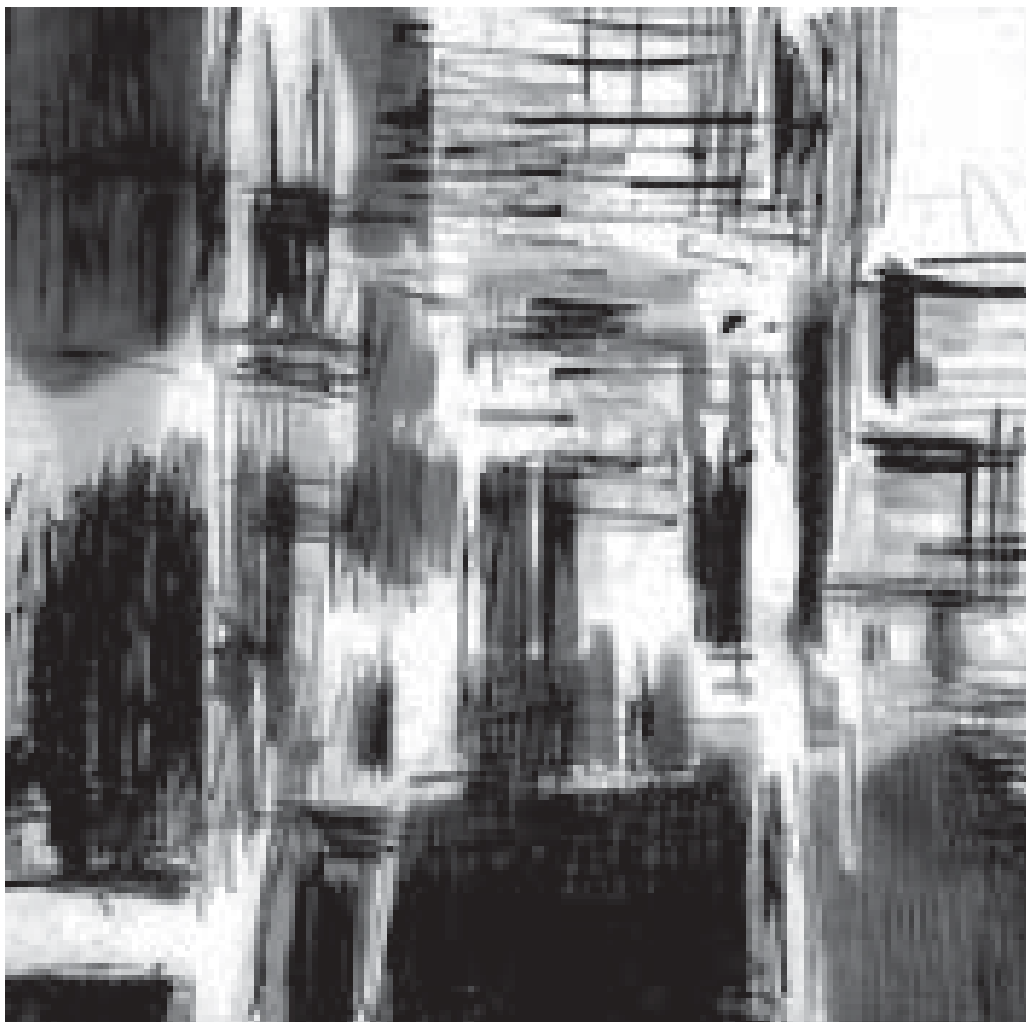
¿Qué ocurre entonces con los *progres*, ese tipo de gente que se siente muy a gusto con una moral que se conoce como *políticamente correcta*?

El tono general de lo políticamente correcto está estrechamente vinculado con una corriente de pensamiento (con diversos anclajes teóricos que van del indispensable provocador que fue Friedrich Nietzsche a las cursis y supuestamente combativas feministas de la actualidad) conocida como relativismo. Según esta postura, no existen características humanas perennes más allá de las que socialmente la especie ha construido a lo largo del tiempo. Asimismo, considera que no hay un sustrato biológico, psicológico, o de algún otro tipo, que la humanidad haya observado siempre y en todo lugar. Las características humanas que conocemos han sufrido un largo y penoso periodo de evolución histórica y social teñida de violencia y de varias coacciones determinadas por diferentes mecanismos de poder, como llamaba el filósofo

francés Michel Foucault a los distintos engranes que ponen a la sociedad en movimiento.

De acuerdo con este punto de vista, los rasgos de identidad humana que las sociedades modernas han descrito, como cierta tipología del ser femenino y masculino o ciertos patrones de conducta y pensamiento comunes a todos los hombres, no son sino meros subproductos culturales; dependen de las instituciones, ideologías y contextos dominantes. Es por eso que para los relativistas no es posible hablar de características esenciales ni de valores universalizables que correspondan a la naturaleza humana.

A partir de una versión *ad hoc* de esta postura teórica (en sí misma esclarecedora de numerosos sucesos histórico-sociales), se desprende toda una serie de discursos *liberales* que intentan mostrar cosas como la determinación social de los roles de género, o la particularidad, diversidad e inconmensurabilidad de



los sistemas de valores que observa cada grupo humano.

No obstante, hay serias inconsistencias en todo esto. Una primera y obvia es que el relativista afirma que todo es relativo, excepto su propia verdad; es decir, la vieja paradoja del mentiroso planteada por Aristóteles: si alguien afirma que todo lo que dice es mentira, entonces lo que dice será verdadero porque esa afirmación es falsa. Pero esta dificultad es fácilmente salvada por los relativistas modernos, a pesar de que muchos siguen cayendo en ella, así sea de manera no reflexiva, al momento de mostrar una total falta de apertura al diálogo y a la problematización de sus dogmáticas posiciones. Lo que en pocas palabras enseñan con esta clase de actitudes es una postura del tipo: “Lo único que no admite diversidad y divergencia es mi postura”.

Encontramos por igual interpretaciones unilaterales, parciales y engañosas de teorías de renombre. Por ejemplo, el caso de los roles de género y el papel sexual que estos manifiestan. Ante la falta de una demostración convincente sobre la pretendida nula importancia que el incontestable sustrato biológico desempeña en ellos, se apela a una mañosa interpretación de la doctrina del poder y los mecanismos de control sexual del señor Foucault, se quiere ver en ella la justificación para un feminismo revanchista e infantil que pretende *reivindicar* la sexualidad femenina.

Cuando lo que en verdad dijo dicho pensador fue que sí existe por lo menos una constante histórico-sociológica; es decir, no todo es relativo: el uso, manejo y tráfico del poder *por todos y cada uno* de los actores implicados en una dinámica social. Hombres y mujeres son arrastrados por este espectro hacia formas viciadas de interacción cotidiana que, sin embargo (genialidad de la teoría), han pasado a ser la verdadera naturaleza de nuestra especie. Como buen nietzs-cheano, Foucault no podía sino llegar a una conclusión desoladora de nuestra realidad social en un nivel metafísico; nada más lejos de campañas mediáticas, poses intelectuales y lemas de partidos políticos de corte *feminista*.

Otro problema de la postura relativista, sin duda más interesante que los anteriores, es el que identifica relativismo con inconmensurabilidad. Es decir, la idea de que sencillamente hay un punto muerto cuando dos culturas por completo distintas (por ejemplo, la indígena y la occidental) se enfrentan y coexisten a fuerza en un espacio geográfico común; un conjunto vacío en el que no hay intersección posible de conceptos (religiosos, sociales, históricos, lingüísticos, etcétera). A la luz de esto, pareciera entonces que ante la falta de entendimiento lo mejor es el alejamiento: “No te entiendo, mejor te aísló”, es el resultado crudo de la postura políticamente correcta que defiende el *derecho a la autodeterminación* de las minorías.

Una inconsistencia más, ligada a la anterior, sutil pero igual de problemática, es que hay buenas razones para creer (en contra de lo que piensan los fanáticos de lo inconmensurable) que es más lo que comparten los seres humanos que lo que disienten. Lo anterior simplifica una larga argumentación y un agudo ejemplo del filósofo estadounidense Donald Davidson.¹

Podemos imaginar una persona, un antropólogo que llega a investigar una tribu hasta ahora desconocida en Occidente con la que no posee vínculo alguno. Supongamos que el científico quiere interpretar el lenguaje del nativo del cual no posee ninguna pista. Lo primero que hace es identificar qué cuenta como comportamiento lingüístico entre los naturales del lugar: series de fonemas, sonidos que aparentan cierta armonía y regularidad, comportamiento lateral como gestos, brincos, risas, etcétera. Después, comenzará a asignar significados, desde sus propios patrones, al comportamiento lingüístico del nativo; para ello, cuenta con la conducta del resto de individuos nativos y las características del entorno circundante.

Por supuesto, se puede equivocar en numerosas ocasiones en su interpretación (por ejemplo, cuando el nativo ve una ola creciendo dice: “*il kutur*”, lo que el antropólogo identifica como un término y traduce como “ola que crece”, pero puede estar completa-

mente equivocado: tal vez el nativo quiere decir “es-
píritu marino juguetón”); sólo el tiempo irá condu-
ciendo hacia la interpretación correcta.

Pero lo cierto es que, al momento de asignar signifi-
cados a las palabras del nativo (errados o no), tam-
bién está asignándole una serie de creencias, por
ejemplo, que cree que hay una ola creciendo frente
a él. Es decir, *está presuponiendo una racionalidad
en él*; supone por igual que el lugareño percibe y se
relaciona con el entorno de manera muy parecida a
la del científico (vaya, que no flota en el aire, que el
agua lo moja, las frutas lo alimentan, que las ondas
luminosas afectan sus ojos de
manera parecida a la suya,
etcétera) y, en suma, que es un
ser humano con el que comparte
más cosas en el nivel básico, de
las que no lo hace.

Esto parece suficiente para
refutar al relativista. Una cosa es
percatarse de las considerables
diferencias culturales, de tradi-
ción y de formación social, y otra
muy distinta es pretender que
tales diferencias son prueba de
que no existe un trasfondo
común a la especie
independiente de sus creaciones
sociales, históricas y culturales.

No obstante, la manera relativista
de argumentar ha dado como
resultado una especie de
discurso de segundo orden en el
que sólo se toma lo más superfi-

cial de dicha argumentación que de por sí tiene
fisuras. Así encontramos a una multitud de personas
alabando y defendiendo, por ejemplo, la ya
mencionada diversidad cultural, entendiéndola como
una serie de conjuntos culturales irreconciliables e
incompatibles entre sí, por una parte; y, por otra, los
vemos erigirse paladines de la maleabilidad de los
usos y costumbres sociales, de la supuesta
volatilidad de la conducta genéticamente
determinada. Creen que defender esa presunta
diversidad es una manera de estar con las causas
justas, del lado de los oprimidos, de los excluidos y
alienados. Es una manera facilona de criticar el punto



de vista occidental, sin darse cuenta que los patro-
nes críticos que utilizan han sido posibles *dentro* de
dicho discurso (Nietzsche es el ejemplo culminante
del pensador ultrailustrado; esto es, el crítico total, la
crítica en su máxima expresión).

En suma, dentro de las fuerzas pueden identificarse
la retórica y las poses de lo políticamente correcto
que imperan en nuestros tiempos, dos manifesta-
ciones principales, un pesado sentimiento de culpa
 (“oh, hemos despreciado a los indígenas”, “oh, he-
mos sometido a las mujeres”, etcétera) y una manera